

## EL IDEAL DE ESPAÑA EN AMÉRICA

Al distinguido escritor y amigo

Dr. Francisco de P. Pérez.

Discurso pronunciado el 12 de octubre por D. Tomás Cadavid Restrepo, en la sesión solemne de la Academia Antioqueña de Historia.

SR. PRESIDENTE, SEÑORES :

No a propios merecimientos sino a la no desmentida bienquerencia de la Academia de Historia, debo el honor de presentarme “como menestral entre maestros de obra prima”, ante vosotros, para conmemorar en este día de fiesta en todos los países donde se habla la lengua castellana, la fecha en que Colón, mago de los mares, se encontró con el continente, presentido siglos hacía por el cordobés Séneca en su MEDEA, con estas precisas palabras :

VENIENT ANNIS SAECULA SERIS  
QUIBUS OCEANUS VINCULA RERUM  
LAXET, ET INGENS PATEAT TELLUS.  
TETHYSQUE NOVOS DETEGAT ORBES,  
NEC SIT TERRIS ULTIMA THULE.

Elevada misión, señores académicos, la de estas corporaciones que, cual campo plácido en la aridez de la lucha diaria, se dan a investigar lo pasado, a desenterrar preciosas leyendas y a enderezar el criterio del pueblo, desviado a veces por la febril imaginación de los que fueron testigos de los hechos más gloriosos y que van repitiendo errores que exigen de los amantes de la verdad una justa aclaración.

El descubrimiento y la conquista de América son hechos que llevan el sello de lo providencial; su estudio ha de ser por ende sereno, no sea que la falibilidad humana les quite su carácter excelso; de aquí que, al lado de hechos sangrientos y dolorosos, hallemos la narración de otros

que son el contraste absoluto y la prueba palmaria de que no todo fué horrores.

El valeroso Almirante que gastó casi cuatro lustros para hacerse oír en las Cortes, buscando a quién regalar un mundo, navegó hacia el Occidente en persecución de una vía expedita para llegar a las soñadas regiones de Catay y de Cipango; sublime paradoja reveladora de que una mano divina dirigía aquellas tres misteriosas naves, sin que por esto se aminoren los méritos del gran guiador del descubrimiento.

El pueblo español, en brega de ocho siglos con el moro y con el judío, había formado su unidad étnica y psíquica disputando palmo a palmo la tierra a usurpadores que contaban por millares sus victorias, que habían alzado a imponderable florecimiento el califato de Córdoba, y que en Oriente cultivaban las ciencias, las artes y la guerra; en ese palenque de constante batallar se educó experimentalmente la Nación que en largo espacio de siglos no conoció la noche. Es bien significativo que al tiempo en que Boabdil entregaba las llaves de sus fortalezas a los reyes Católicos, se columbrase en la remota lejanía el campo donde habían de librarse recios combates para Dios y para la civilización.

Dícese con insistencia que los reyes de España y los conquistadores de estas tierras eran movidos sólo por la codicia del oro; que nada importaban a ellos ni la fe, ni la prehistoria de los pueblos sometidos, ni el porvenir de éstos. Al razonar así échase a perder la poesía de la magna epopeya, arrúmbase la gloria de Isabel, para quien nada valieron los renuentes códices de Córdoba y Salamanca; apágase la luz que la intuición prendió en ese cerebro de mujer; todo se reduce a una fórmula utilitarista que la crítica histórica no puede aceptar.

Lanzarse unos pocos hombres en frágiles pinos a las procelosas ondas del océano; atisbar momento por momento con ansia loca el signo elocuente o la prueba perentoria; avanzar hasta remotas regiones, sin más halago que una convicción honrada; llegar a las quemantes playas de este Continente; penetrar en las selvas; lidiar con lo invadeable de los ríos; hollar las blancas cimeras de los montes; descender al infierno de los llanos; sentir hambre y sed; vagar perdidos en una inmensidad, sin guías, esperando el ataque traidor de las hordas salvajes, armadas de hachas, mazas, y pleno el carcaj de flechas asesinas; ver entre las sombras de la noche, tras el árbol frondoso, centellear, cual dos diamantes, los ojos enloquecidos del felino que anda en acecho; abandonar familia y comodidades, recordando las floridas riberas del Tajo o las encantadas del Betis; cambiar los cármenes de Granada por la maraña de los bosques; ser víctima de la nostalgia de la maja que tras la no velada reja se asoma a escuchar las palabras de amor; oír, en vez de las campanas de la ermita que llaman a la oración al pie de artístico altar, el rugido de las fieras y el estruendo de la catarata; sustituir las muelles alcatifas por zarzas y guijarros, las vegas gentiles por la riscosa ruta; eso, digo, no es posible sino en una raza espiritualista y soñadora.

No se concibe que el deseo del oro haya sido el hito único a que dirigieron los monarcas y conquistadores el poder de sus miras; si hubo quienes tuvieran esa meta vulgar, no puede negarse que hubo nobles almas que pusieron la mirada en lo Alto; éstos para conquistar almas para Dios; ésos, dominios para su rey, y esotros, oro y lauros para su dama.

Isabel, llamada reina de las reinas, consignó

en su testamento estas frases que son su mejor apoteosis :

“Que por cuanto el principal fin e intención suya, y del Rey su marido, de pacificar y poblar las Indias, fué convertir a la santa fe católica a los naturales, y enviar para ello religiosos para instruirlos en ella y enseñarles buenas costumbres, suplica al Rey, su marido y señor, muy afectuosamente, y encarga y manda a la Princesa su hija, y al Príncipe su marido que así lo cumplan, y que eso sea su fin principal, y que no consientan que los indios de las tierras ganadas y por ganar reciban en sus personas y bienes agravios, sino que sean bien tratados”.

Válida es la creencia de que la conquista no fué sino una exhibición de crueldad, y la colonia un remanso de ineptitud; se piensa en lo que se debió hacer y no se reconoce lo hecho, ni se miden las dificultades. Carlos V y Felipe II estaban a dos mil leguas de distancia; aún no habían desaparecido los resabios del feudalismo, y Europa ardía en las guerras de la Reforma Protestante; miles de cédulas daban normas que tendían al bienestar de los naturales, pero era imposible evitar abusos.

Quien dice conquista dice guerra, y ésta es el desborde de todas las pasiones e iniquidades. ¿Qué conquistador se ha mostrado clemente? Alcense enhorabuena las sombras de los cartagineses y de los galos, para que nos refieran las atrocidades de los Escipiones y de César el magnánimo; que los que habitan la India nos digan de la bondad y dulzura de los ingleses en la región que baña el Ganges; que los indómitos bóers nos hagan el elogio de los civilizadores de Albión; que los Pieles Rojas nos expliquen cómo acabó su invencible pueblo, y por último recordemos que una República modelo, señora del comercio

y del oro, para hacerse a un istmo, violó el Derecho de Gentes, conculcó leyes y tratados, y descabezó el escudo de una Nación pobre e inerme.

“La legislación española, dice un autor moderno, (1) referente a los indios de todas partes, era incomparablemente más extensa, más comprensiva, más sistemática, más humanitaria que la de la Gran Bretaña, la de las colonias, y la de los Estados Unidos, todas juntas. Aquellos primeros maestros enseñaron la lengua española y la religión cristiana a mil indígenas por cada uno de los que nosotros aleccionamos en idioma y religión. Ha habido en América escuelas españolas para indios desde el año de 1524. Allá por 1575—casi un siglo antes de que hubiese una imprenta en la América inglesa—se habían impreso en la ciudad de Méjico muchos libros en doce diferentes dialectos indios, siendo así que en nuestra historia sólo podemos presentar la Biblia india de John Eliot; y tres universidades españolas tenían casi un siglo de existencia cuando se fundó la de Harvard. Sorprende por el número la proporción de hombres educados en colegios que había entre los exploradores; la inteligencia y el heroísmo corrían parejos en los comienzos de colonización del Nuevo Mundo.”

Prescott, en su obra *Fernando e Isabel*, (2) dice que entre las instrucciones que los reyes dieron a Colón estaba en primer término la conversión de los indios, y se le advirtió que castigase ejemplarmente a los que los tratasen mal, y agrega que “mucho parte de la legislación de Isabel es de carácter tan comprensivo que demuestra que ella tendía la vista a fines altos y nobles”.

---

(1) *Charles F. Lummis*. LOS EXPLORADORES ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI.

(2) Tomo 2º Páginas 170 y 171.

Prueba de esto es que la gran reina prohibió la venta de esclavos en la Española, aunque en Europa algunos creían que los indios y gentiles no tenían derechos civiles ni espirituales. (1)

Elevemos los asuntos. Recorred con la mente la extensión que hay de Yucatán a Chile; medidas esas distancias; contemplad los desiertos desolados, contad los millones de indígenas esparcidos aquí y allá, pensad en los obstáculos que tuvieron los guerreros de allende el mar, para vencer la ferocidad indígena y la envidia de los compatriotas, y decidme si aquello no fué obra de titanes.

Si se suprime del alma conquistadora el acicate del noble ideal, tendríamos que no se hubiera acometido tamaña empresa, en que tantas veces sangraron las plantas y lloraron los ojos los dolores del corazón; es que sin la fe en lo divino, sin ese amor a lo sobrenatural, sin la meta del más allá, no andaría la humanidad en pos de delusivas promesas. En todo tiempo el hombre de acción ha entonado un *sursum corda* perenne, que es algo que lo mantiene en constante elación; y la raza ibérica, que había vencido al indómito alarbe, no hubiera aventado jamás sus tercios victoriosos a una conquista tan arriesgada por el solo amor del oro.

Ni fué siempre la fortuna pródiga con los denodados españoles. Ya es Colón, el intrépido, que agoniza presa de mortal desaliento, sin sospechar quizás la magnitud de su obra, la que desde un principio fué objeto de persecuciones. Apenas había exhalado el gran descubridor su postrer suspiro cuando un impresor alemán, Waldzeemüller, dió a un mediocre el insigne honor de que el Continente llevara su nombre. ¡Siempre

---

(1) Prescott. Obra citada. Tomo 2º Página 469.

la medianía triunfa del hombre superior! ¡ Envidia, bajeza, vosotras os llamáis en la historia Américo Vespúcio! Ya es Ponce de León que descubre la Florida, persiguiendo en vano la fuente de eterna juventud; ora es Balboa que, tras pesadas marchas, percibe el Mar del Sur y entra, pendón de Castilla en mano, en sus aguas, para ser después víctima de la felonía de Pedro Arias Dávila, quien hace rodar en Acla aquella cabeza juvenil; ora Robledo que da, como premio de sus triunfos, la garganta al vil garrote, antes que a la caballeresca espada; cuándo es Pedro de Alvarado que llora hilo a hilo bajo el ciprés de la "noche triste" el trágico fin de sus heroicos compañeros; cuándo es el Capitán y poeta Gaspar Pérez de Villagrán quien, merced al ardid de los indios, cae en un pozo de donde sale como el héroe mesenio, a errar cuatro días sin pan y sin agua, hasta que para calmar la sed y el hambre, tira de la espada, rompe el corazón de su perro, único compañero, para beber la sangre y salvar la vida; es Benalcázar, quien de Nicaragua a Potosí lleva en paseo triunfal los regios estandartes, da existencia a Quito, a Cali vida y a Popayán blasones, para llegar desolado a orillas del Caribe, mordido por los remordimientos, viendo ante sí la sombra del Mariscal, a expirar pobre, sin más sudario que unas varas de tela burda con que mano amiga cubre la desnudez del recio batallador; de ese hombre maravilloso que forjó el mito de *El Dorado* como ideal estimulante para empujar a sus huestes; y Quesada, y Valdivia, y Francisco César, espejo de caballeros, y cien más ¿expondrían sus vidas y abandonarían el regalo por encontrar más espinas que oro?

La guerra de la independencia, con sus excesos, ahondó sobremanera el abismo que separa-

ba a la Metrópoli de sus colonias; aquel largo combatir, aquel empeño por conquistar derechos en mengua de los del apático Fernando VII, hizo que por muchos años se separaran las hijas de la madre.

Oradores, cronistas y poetas predicaban odio a la Península; el heroico Olmedo dejó que su musa vomitara rencor y venganza, y que la verdad padeciera quebrantos en la oda inimitable con que cantó a la Batalla de Junín; faltó a la justicia cuando puso en boca de Huaina Capac estos versos:

“Yo soy Huaina Capac: soy el postrero  
 Del vástago sagrado:  
 Dichoso rey, mas padre desgraciado.  
 De esta mansión de paz y luz he visto  
 Correr las tres centurias  
 De maldición, de sangre y servidumbre:  
 Y el imperio regido por las furias.  
 .....  
 ..... por los oficios  
 De la hospitalidad más generosa  
 Hierros nos dan: por gratitud suplicios.  
 Todos, sí todos: menos uno solo;  
 El mártir del amor americano:  
 De paz, de caridad apóstol santo;  
 Divino Casas, de otra Patria digno.  
 Nos amó hasta morir. Por tanto ahora  
 En el empíreo entre los Incas mora”.

El musageta del Guayas, al llegar a este punto, parece que hubiera sido abandonado por el prodigioso neuma que le guiaba; porque si los conquistadores, en gran parte, cometían crímenes inexcusables, si el hambre de riquezas los devoraba, no es justo confundir la época del militarismo despótico con la de la colonia, en la cual la benignidad se hizo sentir en bien de los ameri-

canos. Además, los misioneros que abandonando su Patria, vinieron a predicar el Evangelio, sometidos a privaciones inauditas y luchando con todos los elementos, se distinguieron por sus virtudes y por su clemencia; su labor es mil veces más meritoria que la de los capitanes que, al bote de sus lanzas, dominaron el mundo de Colón.

Este es un heroísmo callado. Pelear cuando la esperanza del premio mueve las facultades anímicas; cuando tras el combate viene el galardón, bien sea en coronas cívicas, en mando o en dinero; sufrir dolores en espera de que ellos serán seguidos por los gritos de triunfo, y de que a las espinas reemplazarán las rosas; luchar tenazmente por complacer a un monarca que prodiga palmas a los que le sirven, que bota millones en la senda de los que por él se desviven, eso es humano y natural; pero, soportar penas, sentir que el corazón desfallece; mirar constantemente la muerte sobre las cansadas cabezas; enfrentarse con hombres hermanos de las fieras, en quienes no florece la gratitud, ni la miel del cariño se acendra; buscar en la extensión del desierto al salvaje irreducible; suplicar, rogar, llorar para que sea la luz en esas conciencias entenebrecidas, por hacer el bien y por conducir a los desviados, eso sí está por sobre los límites de lo sublime, y no se alcanza a tan suma perfección sino mirando a las alturas.

Los misioneros mantuvieron la Cruz entre la garganta del infeliz indio y la espada del conquistador airado. Así, al pie del milite iba el sacerdote; cabe el yelmo del guerrero, el Libro Santo; no de otra manera, por el mismo camino que trazaron el tigre y el león, va silenciosa y blandamente el armiño, émulo de la nieve. Estos nobles servidores de la humanidad salvaron el

ideal de España ante el mundo; porque ellos no apetecían ni riquezas, ni honores, ni prebendas; movíanse, en plano muy superior, *sub specie aeternitatis*; por valles y collados, por bosques y montes anduvieron; pisaron las márgenes del undoso Amazonas y las calladas llanuras del Chaco; nada detuvo su marcha. Optimamente dijo de ellos José Joaquín Ortiz:

“No es bastante el ardor que el pecho inflama  
De los santos discípulos de Cristo  
Una sola región y un solo clima.  
Ellos irán de amor la pura llama  
A prender en el pecho del salvaje,  
A par las artes de la paz mostrando,  
Al suelo donde Arauca se derrama  
Y el Meta, y Casanare, y raudo Upía,  
La inmensa soledad fertilizando.  
Subirán a la cumbre siempre yerta,  
Trono de la borrasca asordadora.  
Y oirán por fin el cántico sonando  
En loor de la Cruz reparadora,  
En cuantas son las lenguas  
Por cuantas son las tribus que mi Patria  
Pueblan del Occidente hasta la Aurora.” (1)

Esos hombres se llaman:

Fray Bartolomé de las Casas, amigo tierno de los salvajes, cuyas querellas llegan a la Corte, como justo reproche; el padre Salvaterra, que doma con su laúd las tribus de California; Luis Beltrán, cien veces santo, de virtudes excelsas, que exhala de sí un aroma cuasi divino; San Pedro Claver, que atisba anhelante, en la orilla del mar que besa la ciudad que fundó Pedro de Heredia, la llegada de un barco que no trae ni perfumes, ni seda, sino negros compra-

(1) LOS COLONOS.

dos como vil mercancía; ese varón los recibe con caricias, cura sus males, vierte en su lepra el remedio y habla a sus corazones de amor y de Cielo; es José Hurtado, quien al par que enseña, cultiva con los indios la tierra; es el Padre Rafael Ferrer, maestro de los Cofanes, que recorre a pie más leguas que el más audaz conquistador; ese misionero catequiza, estudia y atrae discípulos tan abnegados como Diego de Cayzedo, hijo de la primorosa Cali; es José Dadey, sabio cultor de la lengua chibcha, que vive en el Virreinato por espacio de 54 años sembrando ciencia y virtudes; allá en tierra de los feroces betoyes está el santo y sabio José Gumilla, de quien no se puede hablar sino en libros enteros que digan todo lo magno de aquella alma privilegiada; en la parte más austral del Continente un mártir, a quien cogen preso los valerosos Chiriguanos y que sirve de blanco de sus enherboladas flechas, agoniza rezando las últimas oraciones de los moribundos, hasta que de sus desfallecidas manos cae el breviario; ese es el Padre Julián de Lizardi, cuyo valor rivaliza con el de los más pujantes jefes españoles; no olvidemos tampoco a los beneméritos sacerdotes Yegros, Machoni y Montigo quienes, para vencer la pereza de los indígenas, trabajan personalmente la agricultura; así educan con el ejemplo, mil veces más eficaz que las oraciones elocuentes y los inflamados panegíricos. No es extraño: éstos son discípulos de Loyola, de los cuales habla el épico Chateaubriand en estos términos:

“Los mares, las tempestades, los hielos del polo, los ardores del trópico, nada los detiene; viven con los esquimales en su odre de cuero de vaca marina, se alimentan con aceite de ballena en compañía del habitante de la Groenlandia; con el tártaro o el iroqués recorren la soledad;

montan en el dromedario del árabe o siguen al cafre errante en sus desiertos abrasados: el chino, el japonés y el indio llegan a ser sus neófitos; no hay isla, no hay escollo en el océano donde no se haya manifestado su celo; así como en otro tiempo faltaban reinos a la ambición de Alejandro, del mismo modo faltaba tierra a la ardiente caridad de tales apóstoles.”

---

Al expirar Felipe II cayó de sus manos el cetro que había regido los más vastos dominios de que habla la historia, sometidos a un solo Rey. Sus continuadores no poseyeron la energía indispensable, y la Península comenzó a decaer visiblemente; era natural que esa decadencia se reflejara en las colonias.

Al historiar lo relativo a la Instrucción Pública en aquellos tiempos, para no errar, es preciso tener en cuenta el estado universal de la educación en la misma España y en los otros países; la Ciencia de la Educación andaba aún muy atrasada, y no es correcto exigir que la enseñanza fuera tan intensa como podría darse hoy; la Metrópoli hizo cuanto entonces se podía hacer. Nosotros, que tanto criticamos el atraso educativo colonial ¿podremos en estos momentos decir a Madrid que hemos organizado científicamente la I. P. ?; ¿que nuestras escuelas primarias y profesionales funcionan de acuerdo con los más modernos métodos?; ¿que formamos ciudadanos aptos para la lucha y capaces de exhibirse como verdaderos hombres?

¿Será el maestro entre nosotros el primer ciudadano a quien se mira con el respeto que se debe al tallador de almas? ¿Serán nuestros sistemas docentes modelos de eficiencia pedagógica?

Consta que en todas las posesiones de los monarcas hispánicos hubo establecimientos para la educación primaria y profesional, acordes en todo con el desenvolvimiento propio del tiempo.

El 27 de abril de 1554 ordenó el Rey a la Real Cancillería de Santa Fe de Bogotá que proveyese a la fundación de un Colegio de indios, y en 1555 se creó otro para huérfanos españoles. No alcanzaron a ser una realidad, por causas ajenas de la Corona (1).

Por iniciativa del Illmo. Sr. Fray Agustín de la Coruña se estableció en Popayán un Convento titulado de la Encarnación, para educar en él a las jóvenes de todas las clases sociales; sólo dos centurias más tarde Clemencia Cayzedo estableció en la Capital el notable instituto de la Enseñanza, para la formación de la mujer; en esta obra la apoyaba el benemérito Prelado Martínez Compañón, cuya "generosidad se extendía al auxilio de los establecimientos de educación; dió fuertes sumas para el Colegio de La Enseñanza, fundado por la Sra. Cayzedo, y costeó el sueldo de los maestros de las escuelas primarias de Santa Fe, establecidas por el Virrey Ezpeleta". (2)

La enseñanza secundaria y profesional tuvo planteles de renombre: en la remota Chile la Universidad de Santo Tomás; la de Córdoba en las Pampas argentinas, donde se conferían títulos académicos; famosa en el siglo XVIII fué la de Chuquisaca; en la ciudad del Rímac descolló la de San Marcos, fundada el 25 de junio de 1571; el Seminario de San Luis y la Universidad de San

---

(1) José María Vergara y Vergara. HISTORIA DE LA LITERATURA EN LA NUEVA GRANADA. Pág. 99.

(2) Henao y Arrubla. Historia de Colombia. Pág. 238.

Fulgencio dieron en Quito opimos frutos; por obra de los piratas desaparecieron en la Española el Colegio de la Compañía y una universidad; en 1721 comenzó a funcionar la Universidad de la Habana; en la apacible Caracas creó el Illmo. Sr. Diego de Baños y Sotomayor el Colegio Seminario de Santa Rosa, que en el andar de los días, se convirtió en el centro universitario que dió a la ilustre urbe sabios que llamaron la atención del eminentísimo Humboldt.

Emporio de sabiduría fué la blasonada Méjico. Allí llegó la primera imprenta que vino a América, gracias al entusiasmo del Obispo Fray Juan de Zumárraga; fueron los hijos de Loyola los que llevaron el arte del ilustre maguntino a Lima y a Quito, como a la Argentina y a la Nueva Granada.

No como estrellas solitarias que riegan claridades en espacios sombríos, brillaron personajes de alta reputación en los tres siglos que se han llamado de ignorancia: Sor Juana Inés de la Cruz, que a los diez y siete años de su edad sostuvo en casa del Marqués de Mancera prolijo examen que duró siete horas ante cuarenta hombres de letras, los que no pudieron menos de bati-  
tir palmas a la prodigiosa joven; mejicano fué también Francisco Javier Alegre, docto historiador, profundo teólogo y literato que, como dice el Jesuíta Prudencio Llona, honor de la Compañía y de esta Academia, “nos presentó en exámetros vaciados en molde virgiliano, la grandeza ciclópica de la *Iliada*, y tradujo en garbosísima silva el ARTE POÉTICA de Boileau” (1); Rafael Landívar, el guatemalteco de fresca y lozana inspiración; y el poligloto, matemático, astrónomo e historiógrafo D. Pedro Peralta Barnuevo, que

(1) La Iglesia y la Instrucción en América. *Horizontes*, año 7º

fué algo como un oráculo cuya fama alcanzó hasta la misma Europa.

Dice un docto historiador :

“Carlos III apoyó con mano pródiga las ciencias durante su largo reinado, y dió protección especial a los naturalistas Ruiz y Pavón, que recorrieron a Chile y el Perú; a Sessé y a Cervantes, que visitaron a Méjico; a Cuéllar, enviado a las Filipinas; a Pineda, Neë y Henke, que hicieron el viaje de circunnavegación del globo.” (1)

Es obvio que hombres tan insignes como éstos y otros que no enumero, no debieron sus progresos científicos a su solo esfuerzo, sino que las iniciativas oficiales impulsaron el desenvolvimiento intelectual. La autoeducación es fenómeno que la Psicología atribuye al genio, pero sin que esto excluya la necesidad que tiene de nociones previas; la locomotora requiere rieles como alas la nave aérea.

Mutis fué el precursor intelectual de nuestra Emancipación. En torno suyo o de sus discípulos se agrupó aquella pléyade de hombres de estado, oradores, guerreros y escritores que fueron más tarde padres de la Patria.

¿Dónde aprendió Torres, ese acento grave y hondo de su *Memorial de Agravios*?; ¿dónde bebió esa elocuencia arrobadora que galvanizaba las multitudes y rompía cadenas?; ¿en qué escuela se formó el espíritu, amplio como un horizonte marino, de Andrés Bello, poeta altísimo, sabio legislador y filólogo consumado?; ¿dónde, sino en colegios españoles se educaron Zea, los

---

(1) Pedro M. Ibáñez. CRÓNICA DE BOGOTÁ. Tomo II. Pág. 51.

Ulloas y los Restrepos?; Antonio Nariño, ese hombre cuya vida parece copiada de una tragedia griega, vidente eximio, caudillo sin par, ¿dónde sino bajo la egida hispánica templó su alma para ver caer de su inclita frente uno a uno los lauros cogidos en la divina floresta y marchitados por un hado fatítico?; y Bolívar, que recorrió el continente suramericano, derrumbando tronos, creando naciones libres, poeta de la espada y la palabra, que no se apeó de Clavileño, sino para caer en la tumba, ¿no se nutrió en españolas fuentes? Ese ímpetu en el acometer, esa magnanimidad para perdonar, ese empuje sorprendente y ese porte olímpico, ¿no recuerdan el origen vasco del Héroe?

El Libertador, ni en medio de los afanes de la guerra, ni en el vértigo del triunfo, ni en la desolación de la derrota, ni en los últimos amargos días pudo borrar de sí el sello ibérico de su sangre; como el Caballero de la Mancha hizo el bien y dedicó sus energías a las más nobles tareas; como él vivió y murió románticamente; tal que al sentir sobre sus sienes de semidiós el hielo de la muerte pudo también exclamar: "en los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño", frase la más acerba que jamás vertieron labios de hombre y que es el más triste epitafio sobre la tumba de un alma. Bolívar fué americano por los motivos, español por el espíritu. Por eso dijo de él un monarca del pensamiento, portador de lira augusta:

“Nó, no todo eres nuéstro;  
Tu cuna asombra el Avila;  
Mas la tenaz constancia,  
La inquebrantable fe,  
Virtud es de la tierra  
Que baña el mar Cantábrico;

De vascos genitores  
Herencia sólo fué." (1)

.....

Fué España la maestra de la libertad en el Nuevo Mundo; sin quererlo sembró la semilla que ella misma pretendió ahogar en sangre.

El descubrimiento abrió al universo horizontes nuevos; las sociedades antiguas estaban corrompidas y cansadas de batallar con el Feudalismo, con los hijos de Mahoma y con la morisma indómita; esos escudos si rememoraban hechos hazañosos, no abrían al alma un porvenir distinto; la caduca nobleza iba a morir; tocaba el turno a una democracia que forjaría sus blasones con la punta de la espada y los grabaría en campo rojo.

Se ha observado que los que más sobresalieron en la conquista fueron los hombres nacidos en la pobreza; la lucha los tornó grandes. No son necesarios muchos ejemplos: hemos visto la audacia, el valor y la constancia que alzaron a altura inconcebible al oscuro Sebastián Moyano; Hernando de Soto, compañero de Pedrarias, saltó pobre a las playas americanas y se hizo notable por su fortuna y sus descubrimientos; y Pizarro, el porquerizo de Trujillo, el que no leía ni escribía, de cuya ignorancia, según leyendas viejas, se burló Atahualpa; pues ese soldado escribió un poema en cuanto baña el mar de Balboa desde Panamá hasta la remota Bolivia; ese Jefe altivo se encumbró por encima de los más letrados y rindió culto a su ideal hasta el momento en que las espadas traidoras le derribaron; entonces lleva a las heridas la convulsa mano, la moja en sangre, sobre la tierra traza una cruz, la besa y

---

(1) Miguel A. Caro. RECONCILIACIÓN.

muere. No agonizaron así los héroes de la Hércules ni los patricios de la pagana Roma.

Por sobre la Inquisición, por sobre el absolutismo que algunas veces imperó, no faltaron sembradores de libertad. El eximio Fray Cristóbal de Torres, fundador del *Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, bajo un velo aparente de aristocracia con que cubrió sus célebres constituciones, puso la base para el gobierno republicano; por eso no hay qué extrañar que en esas aulas beneméritas se haya formado la mayor parte de los mártires de Colombia; de allí salieron centenares que trocaron la clásica beca por la espada, y la pluma por el fusil; ¡loor eterno a ellos y al santo e ilustre sembrador!

No fué la Colonia una exhibición de tiranía: gobernantes hubo cuya actuación fué tan justa como enérgica, tan amplia como sabia; no van en zaga a nuestros más conspicuos mandatarios Venero de Leiva y Mendinueta, y Guirior y Ezpeleta. Ni fueron raros los casos en que la justicia cayera implacable sobre los criminales. Hé aquí una elocuente prueba:

En 1615 visitó la Provincia de Antioquia D. Francisco Herrera Campuzano; halló que D. Alonso de Rodas, quien no había heredado las virtudes de D. Gaspar, su insigne padre, maltrataba los indios; entonces el enérgico Visitador hubo de quitarle las encomiendas, que eran muy ricas y valiosas, en lo que es hoy el valle de Medellín.

Entre las sabias disposiciones que dejó el íntegro Herrera Campuzano, merecen citarse las siguientes:

“Por cuanto ha habido muchos desórdenes en azotar los dichos encomenderos y sus mayordomos a los dichos indios por que si fueran es-

clavos, se ordena y manda: que los dichos encomenderos, administradores ni estancieros, no se atrevan a azotar ningún indio ni india, ni hacerlos azotar, ni consentir que los azoten otras personas, pena a los dichos encomenderos de la privación de las encomiendas y de quinientos pesos para la Cámara de S. M., y si fuese una persona pobre cien azotes.....

Toda persona que maltratare, o en otra manera ofendiere a los indios, sea con mucho rigor, y sin remisión castigada, guardando cerca de ello la cédula real de S. M. en que manda, que los españoles y otras personas que maltrataren, hirieren, mataren u ofendieren a los dichos indios, sean castigados con las mismas penas que si los dichos delitos los cometieran contra los mismos españoles” (1).

Base primordial de la prosperidad de un país es la organización municipal; cuando los fueros de los distritos padecen, la libertad está herida de muerte. Al expirar en el cadalso D. Juan de Padilla, y al perecer años después D. Juan de Lanuza bajo Felipe II, el vigoroso régimen de los Cabildos perdió su fuerza, y de aquí que el gobierno peninsular se hubiera resentido de despotismo. No así en América, donde los conquistadores, al fundar una ciudad organizaban el Cabildo, según la primitiva usanza, la cual es tenida por los doctos como ejemplar. Ello se comprueba repasando la historia y viendo que fueron los Regidores los que en todo tiempo pusieron a raya a Presidentes, Oidores y Virreyes; en los Cabildos se fraguaban los planes revolucionarios, se redactaban las protestas y, en una palabra, fueron los libertadores; a la sombra del Municipio se habla-

---

(1) José Manuel Groot. Historia Eclesiástica y Civil. Tomo I. Página 176.

ba de independenciam, como en otro tiempo los vascos bajo la fronda del roble de Guernica (1).

Con notable acierto dice a este respecto el árcade Dr. Rafael Uribe Uribe:

“Parece muy extraño que un pueblo tan inteligente, honrado y patriota como el colombiano, no haya acertado a darse en cien años un gobierno municipal satisfactorio, ni igual siquiera al que tenía en la Colonia. De tal modo ha descuidado los principios elementales de la administración municipal correcta, tan escasa habilidad ha demostrado en la práctica, que la crítica menos competente tiene que admitir que el gobierno municipal ha sido un fracaso durante la República.” (2)

Labor de ingratitud sería la que tendiera a renegar de España y a que se rompieran los vínculos que a ella nos unen.

Correcto será que nos demos a limar las asperezas que heredámos, pero que conservemos también las cualidades del que fué el primer pueblo del Orbe.

Mucho se censura a la Metr6poli; mucho se exaltan sus defectos, y cuando esto se hace, los mismos que gritan contumelias van al abominable circo de toros a deleitarse viendo combatir

(1) Cuenta Ibáñez en sus CR6NICAS DE BOGOTÁ que en la ciudad heroica el 22 de mayo “El Ayuntamiento de esta valiente ciudad, a solicitud del Síndico D. Antonio José de Ajos. y atendiendo a causas graves y justas, dispuso que el Gobernador español D. Francisco Montes ejerciera el poder, asesorado de dos Regidores, en cuanto al gobierno político y militar, quedando reservados los asuntos de mayor importancia a las decisiones de todo el Ayuntamiento. Aquello fué transitorio, pues el 14 de junio de 1810 el Cabildo de Cartagena lo destituyó y expulsó del territorio”.

(2) ANTECEDENTES DEL CABILDO ABIERTO DE 1810. Boletín de Historia y Antigüedades. Tomo VI. Pág. 189.

dos fieras, racional la una e irracional la otra; es de admirar cómo los que denigran el espíritu español gozan ante aquel espectáculo ruín, salvaje e indigno de sociedades que se llaman cultas; se maldicen los títulos nobiliarios, pero no nos hemos dado a cavilar si al constituír nuestra República, en cambio de ellos hemos establecido el régimen que sólo rinde parias al talento y a la virtud, o si son la intriga ignorante, la audacia y mil armas indignas las que sirven para subir a las alturas que deberían ser para los verdaderos hombres de mérito. ¿No serán muchos los herederos intelectuales de Américo Vespucio que lucen ajenas glorias? ¿No andarán por allí campando numerosas notabilidades que han robado la miel a desconocida abeja?

La obra de la fuerza es efímera; así lo reconoció el genio que en el pasado siglo fatigó a Europa con sus grandezas y arbitrariedades; la unión se mantiene por medio de los vínculos espirituales. Religión e idioma: hé aquí, señores académicos, los nexos que aun tenemos de España; procuremos que no se rompan, porque el día en que ellos desaparezcan, la Nación misma dejará de ser.

Brote de americanismo excesivo fué el de los que en 1825 lanzaron en la *Miscelánea* la idea de que se formara “una alianza o federación literaria que asegure a estos países el goce perpetuo del bien inapreciable de un idioma común”. Explicable anhelo en esos tiempos de ofuscación cuando, consolidada la emancipación política, se aspiró a la de las letras, como si esos vínculos los destruyeran las armas o los borrraran momentáneos odios. El volar de los años trajo la serenidad, y de aquí que se fundasen academias para el cultivo de la lengua y de la historia, hermanas menores de las peninsulares.

Para formar el alma de la raza importa que cultivemos amorosamente la lengua castellana, cuya sonoridad y varia harmonia hicieron decir a Carlos V que era la más propia para hablar con Dios.

Idioma éste, señores, que heredó la gallarda majestad del latín y posee las blandas cadencias del italiano; que en la elegía gime, se sublima en la epopeya y en la oda, se inflama victorioso en el epinicio, chispea ágil en la comedia y tiene para los momentos trágicos voces que estallan como el rayo; lengua polimorfa que fué enamorado hechizo para el trovador medioeval, místico deliquio para Santa Teresa, Juan de la Cruz y Fray Luis de León; épico acento para Herrera, Ercilla y Julio Arboleda; que en el Quijote reflejó la vida humana sintetizada en aquel caballero de cuyos labios, ardidados por el fuego de su alma volcánica, brotaron torrentes de luz para disipar las sombras del utilitarismo, representado en el bueno de Sancho Panza; lengua prodigiosa que se eleva solemne en Quintana; que fué en Bécquer lago de claras linfas, donde el alma se deja sentir con la suavidad de la onda que muere en la orilla que orlan sauces y acacias; idioma que en Núñez de Arce y Juan Montalvo se oye como la diana de una banda de cornetas, y que en definitiva, del rayo de luz tiene todos los colores y del mar todos los murmullos.

La Academia Antioqueña de Historia, guardadora de las más caras tradiciones de estas montañas, da por mi conducto sus parabienes a la amable Universidad que ha llegado a su primer centenario.

Por estos claustros vagan, señores, sombras ilustres de maestros y discípulos, hijos de este Instituto, que han dado esplendor al País y que, al conjuro de la evocación, vienen a unirse a nos-

otros para poner gajos de roble y de laurel a los pies de nuestra Madre Intelectual.

Hagamos votos porque nuestra Universidad sea siempre emporio de verdadera civilización; porque la eficiencia pedagógica tenga asiento perenne en sus aulas, y porque los jóvenes que aquí se educan salgan armados caballeros para servir a la virtud, a la ciencia y a la patria.

Colombia será, ¡oh jóvenes,! lo que vosotros queráis que sea; deber vuestró es erguiros para que nuestra bandera de azul y gualda ondée soberbia sobre la cresta más altiva de los Andes.

Maestros y discípulos, pasados, presentes y futuros de la Universidad, yo os saludo.

---